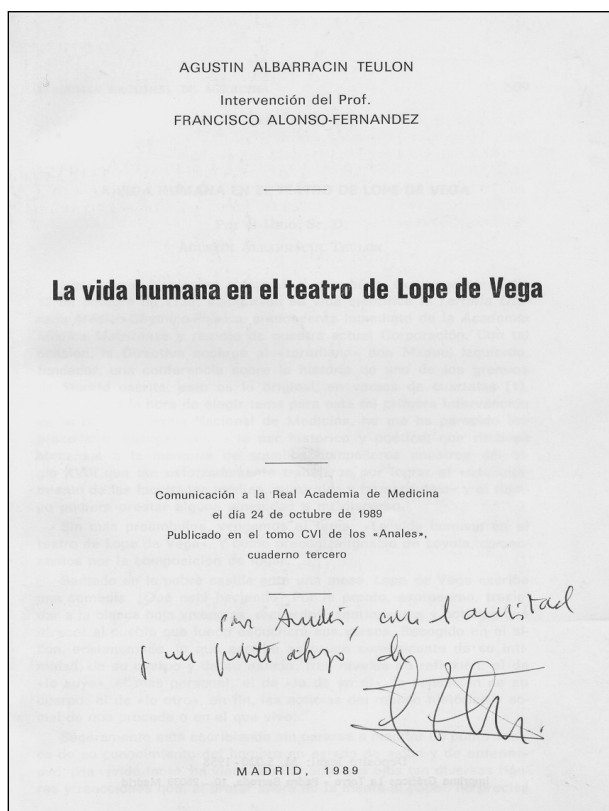


EL ESPEJO

Como le sucede a Alicia, nuestra vida es un imaginario ir y venir de uno a otro lado del espejo. Caminamos por este mundo de realidades y sueños hasta que el azogado cristal nos atrapa irremisiblemente convirtiendo la dualidad física en unidad etérea. Un 26 de octubre Agustín Albarracín comenzó a soñar eternamente. Nos unía el mar Mediterráneo, la ironía, la informática, y una amistad cómplice cimentada en la colaboración y el respeto. Me gusta recordarlo feliz, corriendo junto a la reina de corazones gritando *que no le corten la cabeza a Asclepio*. La realidad es otra, *Asclepio* está capitidisminuido y ahora nadie me reprocha que llego tarde porque quiere marcharse pronto.

Procedente de la facultad de biológicas, en la década de los 80 recaló en el desaparecido instituto Arnau de Vilanova, situado en pabellón quinto de la Complutense facultad de medicina, auspiciado por José Luis Peset que, generosamente, acepta dirigir mi investigación sobre la expedición Malaspina. Aquí conocí a Agustín Albarracín. Yo era un insignificante aspirante a doctor y nuestra relación no tomará cuerpo hasta que los designios de Dios y el CSIC reincorporan el instituto al obsoleto Palacio del Hielo y del Automóvil situado en la madrileña calle de Duque de Medinaceli, convirtiéndose en el actual departamento de historia de la ciencia tras algunos devaneos con nominaciones más exóticas. De esta primera etapa no olvido el café en la trastienda del Arnau, y los bocadillos de caballa que, el hoy catedrático, y mejor amigo, Manuel Sellés nos obligaba a consumir en el bar de estomatología a la hora del almuerzo. Frente a la opulencia espacial que actualmente disfruto, en aquella época cuatro personas compartíamos mesa y máquina de escribir, improvisada almohada después de cada opípara celebración. A consecuencia del traslado dejamos en la facultad entrañables compañeros: Elvira Arquiola, prematuramente desaparecida, Luis Montiel, Ángel González, y Pepe Martínez, y hacemos nuevos amigos al incorporarse al departamento María Dolores Olagüe y José María Artola procedentes de filosofía. Agustín formó parte del tribunal que juzgó mi tesis doctoral y para entonces nuestra relación había traspasado la frialdad con la que se defendía del mundo, se afianzaba silenciosa, imperceptiblemente, caminaba de puntillas, tal y como le gustaba que ocurriesen las cosas. De todas las experiencias compartidas jamás olvidaré la tarde que, armados de grandes dosis de paciencia y resignación, José Luis, yo, y las *chicas*, Pili y Mari Carmen, emprendimos la imposible tarea de comprar el regalo para su jubilación. Cualquiera que nos conozca mínimamente se



imagina las jocosas vicisitudes padecidas por el cuarteto hasta la adquisición de un magnífico reloj de pie. Lógicamente, el aparato no funcionó el día del homenaje con la consiguiente chanza de Agustín por nuestra ineptitud mercantil. Faltó como presente la socorrida mantita invernal, continuamente aludía por su *precaria* situación jubilar. Más tarde, internet y la revista *Asclepio* ahondaron nuestra relación. Durante mi primera etapa como miembro del consejo de redacción me encargué de la sección de libros, viéndome obligado a corregir pruebas bajo su supervisión. Muchas veces he sentido vergüenza por los errores cometidos, a cambio aprendí rigurosidad y gusto por el trabajo y la palabra. El 24 de octubre de 1989 el doctor Albarracín cruzaba el portón de la Real Academia de Medicina para ingresar como académico. *La vida humana en el teatro de Lope de Vega* tituló el discurso de ingreso, y, como ocurre en el imaginario escenario lopediano, también su vida transcurrió en

dos actos contiguos, «del hombre sano al hombre enfermo», y un epílogo, la muerte: «Entendida de uno u otro modo, la muerte se aproxima. Ansias, bascas y congojas la preceden. Mudo, desnudo, flaco, oprimido y casi sin aliento, el moribundo llega a su fin. Cesan las angustias preliminares y aparece la muerte en toda su terrible majestad. El cuerpo se torna un hielo, desaparece el aliento, cesan el pulso y el movimiento».

He tenido la fortuna de aprender el oficio de historiador de la mano de José Luis, la complicidad de Raquel y la compañía de Agustín, su ausencia supone un gran vacío, crea una barrera invisible que, como él describiese con motivo de otro aciago día, es «una inmensa pared de cristal impenetrable, en principio totalmente transparente, dejando pasar desde el otro lado imágenes y vivencias bajo formas de recuerdos: no podemos hablar pero, al menos, podemos revivir el pasado y así, en cierto modo, revivir al ausente». El tiempo emborrona la imagen, silencia el sentimiento, contrarreloj nos preguntamos ¿quién nos recordará cuando estemos muertos?

Andrés GALERA